

INFANCIAS MEXICANAS CONTEMPORÁNEAS EN PERSPECTIVA

Neyra Patricia ALVARADO SOLÍS
Élodie RAZY
Salvador PÉREZ
(Editores)

Infancias mexicanas contemporáneas en perspectiva, temas y aportes

Neyra Patricia Alvarado Solís
Élodie Razy
Salvador Pérez

Introducción

El presente libro se conforma por un conjunto de textos que dialogan entre sí para contribuir al estudio de la infancia y de los niños. Las experiencias de investigación, los problemas enfrentados y las preguntas aquí vertidas, tanto por investigadores como por estudiantes de posgrado, permiten reconocer la dimensión de la diversidad etnográfica, teórico-metodológica y epistemológica de la investigación acerca de la infancia y de la aproximación con las niñas y los niños.

Infancias mexicanas contemporáneas en perspectiva es el conjunto resultante del primer seminario-taller multisede¹ en el que participaron investigadores y estudiantes de posgrado, llevado a cabo en 2014. A estas contribuciones se suman dos textos que nos

¹ Coloquio de reflexiones entre alumnos de posgrado e investigadores en el Seminario-Taller Antropología de la Infancia, llevado a cabo en diferentes sedes, durante el mes de febrero de 2014, como El Colegio de San Luis, A.C., Colegio Franco-Mexicano, El Colegio de Michoacán, A.C., Universidad Autónoma de San Luis Potosí y Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social.

parecieron importantes en este diálogo. Uno es sobre los juegos infantiles en la Ciudad de México y otro, sobre la educación en las políticas públicas de los migrantes de retorno.

¿Por qué incluir un texto sobre la primera infancia en Bolivia? Las investigaciones antropológicas han demostrado siempre que ir a otro lado permite escudriñar de cerca lo que estamos investigando. El primer corte de pelo, como la dación del nombre al niño, existe en múltiples sociedades. Por mencionar algunos ejemplos, puede ser el caso de algunos bautismos católicos en México; de los mexicaneros, nahuas de Durango, cuando a los bebés se les da a probar el tamal de elote en “el costumbre” de los linajes (Alvarado, 2004) y en el primer corte de pelo entre los ludar de México o manuches de Francia (Williams, 1993). De manera que *Infancias mexicanas contemporáneas en perspectiva*, como lo indica este último término, invita a reflexionar sobre las diversas dimensiones de la infancia y de los niños. La multiplicidad de temas y perspectivas es justamente la fortaleza de esta obra.

El título del libro evoca el estado de la discusión y la voluntad de participar en la construcción de este campo desde diferentes disciplinas para reflexionar también en la antropología de la infancia en México, lo que podría parecer un tanto anacrónico, pues el pensamiento contemporáneo otorga mayor atención a la multi, pluri, inter o transdisciplina. No obstante, consideramos que las reflexiones desde la antropología pueden aportar contribuciones significativas a los estudios de infancia (Szulc *et al.*, 2009; Quecha, 2004), pues la etnografía sostenida por el trabajo de campo y la observación participante de larga duración proporcionan claves para la identificación de problemáticas y para el análisis detallado de las situaciones que, en su particularidad, enfrentan la infancia y los niños; es decir, que lejos de agotarse las discusiones sobre infancia, la perspectiva de la antropología a la par de otras disciplinas y metodologías, aporta nuevos cuestionamientos y formas de aproximación y de inclusión.

La infancia y los niños en México y América Latina

Las diferentes aproximaciones sociales y/o antropológicas sobre el tema de la infancia en México y en América Latina abordan, desde múltiples perspectivas, asuntos tales como las políticas públicas (Llobet, 2014; González *et al.*, 2016), la educación formal (Paz, 2016), los procesos de socialización de los niños (Díaz y Vásquez, 2010) así como las diferencias culturales y la diversidad de infancias (Caraveo, 2003). Es decir que en estos temas quedan comprendidas las preocupaciones internacionales por la inclusión ciudadana de los niños y sus derechos; por el abatimiento de las desigualdades que los aquejan; los múltiples problemas escolares que representa la aplicación de los programas públicos (Cavagnoud, 2016; Paz, 2016), todo aquello que significa socialización, en la medida que los niños y las infancias adquieren mayor relevancia en la edificación social; y sobre todo el reconocimiento de la diversidad, tanto entre grupos culturales, como al interior de cada grupo social: no sólo hay una infancia (Marre, 2014; Quecha, 2014), sino muchas que interactúan en distintas intensidades, cada una y en conjunto, sobre su propio campo de acción y con la amplitud de la globalidad.

Existen investigaciones como la educación en la historia (Ramos, 2006); biografías de maestras y su incidencia en la educación de niños indígenas (López, 2012); la migración en contextos indígenas (Glockner, 2009) o desde las políticas públicas (San Juan, 2005) y el entrecruce con la antropología; la representación indígena (Podestá, 2000; Glockner, 2006; González, 2015); la transmisión (Lorente, 2006), el internamiento en una casa hogar (Gómez, 2008) y la reflexión de la antropología de la infancia en el contexto colombiano y peruano (Díaz y Vásquez, 2010), en el cual destaca, particularmente, el contexto del conflicto armado

(Ospina *et al.*, 2014), sobre la voz del niño, la agencia y la vulnerabilidad, la educación, las percepciones y la metodología.

En estas investigaciones, en un entrecruce con la sociología, la historia, la psicología de la educación, los métodos cualitativos y cuantitativos se encuentra la antropología. Al colocar a los niños como actores con cierta agencia y representación, se reivindica su voz, y el papel que mantienen en la construcción de su identidad y de su mundo. Se parte del construccionismo hacia el subjetivismo y el interaccionismo. Se cuida de no observar más a los niños como cuencos vacíos y por llenarse, sino también como agentes productores, interventores y determinadores. El papel de la antropología consiste en colocar dichas perspectivas en el contexto de cada situación cultural, en la ciudad, o en el campo, en una escuela indígena o en un barrio popular; así como detallar la complejidad de la diversidad existente no sólo entre culturas o comunidades, sino también al interior de los grupos mismos (Quecha, 2014).

Encontramos también que esta idea de los niños como agentes productores y determinadores es variable en una misma sociedad y solamente las situaciones y el entorno podrían explicar su gradación o no.

En un artículo colectivo (Szulc *et al.*, 2009) se señala que la etnografía es fecunda para el estudio de la infancia, es aquella que reconoce la intersubjetividad propia de las situaciones sociales y la aprovecha a favor de la comprensión, y subraya así el carácter relacional que media entre el investigador y el campo de la infancia; asimismo, los autores cuestionan las tendencias que universalizan la infancia o que la independizan del mundo adulto, así como aquellas posturas que dudan de la información de los niños, sujeta siempre a una doble investigación, o bien aquellas que aceptan todo el decir de los niños; en fin,

aunque no lo afirman directamente, los autores optan por una antropología de campo, interpretativa y que reconoce la complejidad social y significativa de los niños y sus relaciones. En otro artículo, Szulc y Cohen (2012), se presenta una evaluación del estado de las investigaciones antropológicas y de los estudios de infancia dispersos en Brasil y Argentina, y se proporciona también una extensa bibliografía al respecto (*Idem.*, 2012); se encuentra también otro, sobre la infancia andina (Cavagnoud, 2013). Por su parte, Lorcy (2012) con la noción de “hacer la alegría” proporciona una forma de comprender los juegos, los ritos funerarios de niños y la participación de éstos en los rituales de los adultos, así como la fiesta patronal entre la población negra del litoral ecuatoriano. La escuela zápara de Ecuador es estudiada por Bilhaut (2013) quien identifica la construcción política y de la identidad en un contexto indígena, a partir de la escuela. Por su parte, Suremain y Bonnet (2014), en una obra colectiva sobre América Latina, África, Asia y el Caribe, cuestionan la noción del niño que estimula las acciones del desarrollo. Las figuras del niño, los discursos y las formas que lo inducen confrontan este conjunto “oficial” con las realidades locales y muestran también las formas de reapropiación y las resistencias.

Tanto las investigaciones en México como las de América Latina antes citadas, encuentran eco en las grandes discusiones internacionales de la corriente estadounidense de los *Childhood studies*, como lo señala Élodie Razy en la presente contribución, así como en las discusiones contemporáneas, a diferentes niveles y desde múltiples perspectivas, sobre el “principio superior del niño” (Fonseca *et al.*, 2012), el cuestionamiento sobre la “agencia” del niño (Lancy, 2012), la ética y los niños (Razy, 2014), infancia y religión (Campigotto *et al.*, 2012), por mencionar algunos.

Perspectivas sobre la infancia y los niños

Inicialmente las investigaciones sobre la socialización en la infancia fueron influidas por la obra de Durkheim *Educación como socialización* (Durkheim, 1973).² Se trata de una noción abordada por varios autores en el presente libro y de la cual es difícil prescindir; plantea la educación como un mecanismo de reproducción de lo social en el individuo, particularmente en los niños; es necesario precisar, sin embargo que Durkheim advierte que la educación no es una fuerza exclusiva, homogénea y tampoco eficaz, es decir, reconoce la complejidad del proceso educativo y formativo, que no es unilateral, sino que por lo general está cargado de fallos, de enmiendas, y que no todos los individuos, ni las generaciones interpretan del mismo modo las enseñanzas heredadas, ni sus transmisiones se reproducen de manera mecánica.

Los trabajos pioneros de Margaret Mead (1963, 1979 y 1985) también tuvieron una fuerte influencia sobre las investigaciones acerca de la infancia y la adolescencia, sus estudios representaron una fructífera contribución para la antropología pues anteceden y denotan la diversidad de infancias y justifican la necesidad de atender los contextos culturales para comprender la problemática de cada caso en particular; sin embargo, aunque su legado sigue siendo criticado, continuó alimentando otras investigaciones que observaron el tema de la niñez y se centraron sobre todo en la población adulta mientras que la infantil quedó en un segundo plano.³

Ariès ([1960] 1973) al interior de la antropología influyó en una corriente que atiende específicamente problemáticas relacionadas con la infancia, inspirada sobre todo por una deconstrucción de la infancia de corte sociológico e histórico con etnografía.

² Se trata de una serie de artículos que Durkheim escribió a partir de 1902 como parte de la cátedra Science de l'éducation.

³ En un registro de las especialidades en antropología realizado en 2006, no aparece ninguna que al menos sea similar a la antropología de la infancia. Véase Miguel Ángel Adame, 2006.

Para algunos autores, entre ellos Andrea Szulc, los estudios sobre la infancia, desde el punto de vista de la antropología, tuvieron un repunte en la década de los ochenta, del siglo pasado. La importancia de este hecho radica en que el resurgimiento vino acompañado por una nueva concepción que le da a los niños la consideración de sujetos sociales, es decir, se les empieza a ver desde una óptica que reconoce su papel como seres activos y con capacidad de interactuar en el entramado social (Christensen y Prout, 2002; Szulc *et al.*, 2012). Existe una percepción de que las investigaciones acerca de la niñez han sido escasas,⁴ y probablemente esta situación ha tenido su origen en la dispersión disciplinar y temática de estos trabajos, dando lugar a lo que Lancy (2012) refiere como “estudios fragmentados” y, podríamos decir, estancos, sin comunicación entre disciplinas e inclusive ni dentro de la misma antropología, que durante bastante tiempo mantuvo sus intereses específicos fuera del ámbito de la infancia.

Los estudios recientes se han enfocado en la construcción de nociones como infancia, menores, niñez (Marre, 2014), junto con otros aspectos de definición metodológica, por ejemplo, investigaciones sobre los niños, o con los niños, sobre la infancia como proceso, o como estado (Lancy, 2015), y con acercamientos de tipo epistemológico u ontológico que aplican enfoques de tipo procesual, estructural o relacional. Estos trabajos han insistido en la búsqueda de nuevas y mejores técnicas para abordar las temáticas, los nuevos retos y las realidades que plantea el análisis de la infancia. Las metodologías se decantan hacia aquellas que incitan a la participación activa de los niños en la investigación, las que echan mano de prácticas y técnicas relacionadas con la autofotografía, la autofilmación o el dibujo, que destacan la relación dialógica entre el niño y el investigador.

⁴ Lo que niega por ejemplo, Doris Bonnet.

Ante la disyuntiva de realizar estudios *sobre los niños* o *con los niños* encontramos que la segunda perspectiva aproxima las investigaciones a tomar en cuenta la realidad infantil dentro de procesos participativos, más allá de técnicas novedosas o de filiación etnográfica. Los trabajos presentados en este volumen son una muestra de cómo las distintas técnicas de observación etnográfica complementan y enriquecen a la vez la mirada clásica de la antropología con los problemas y reflexiones contemporáneos.

Cabría mencionar dos maneras de entender la infancia y/o la niñez: aquellas posturas, generalmente sociológicas, que parten de una definición propia, oficial o no, de niñez y aquellas otras que se preguntan qué significa ser niño para cada grupo o para cada cultura (Lancy, 2012). Como lo demostró Mead, las concepciones de la infancia varían de sociedad en sociedad de acuerdo a condiciones sociohistóricas, de manera tal que cada sociedad determina para sí lo que es la niñez, y así podemos decir que el punto de vista desde donde se ve a los niños en la actualidad es producto de las condiciones de nuestra sociedad.⁵ Por lo general se dan por sentados varios supuestos sobre lo que es la infancia, y así se la asocia con la etapa temprana de los niños, mientras permanecen al cuidado de los adultos, y por ende, en el sitio asignado de acuerdo a su maduración psicológica y a las labores que se les imponen en esta fase.

Para cada grupo, los niños varían su dependencia de los cuidados de los miembros adultos cercanos, los infantes cursan un largo o corto periodo de sus vidas en estas condiciones y, además de los cuidados para su supervivencia, reciben otros conocimientos y se les fomentan ciertas destrezas específicas para que puedan adaptarse al entorno familiar y al ambiente social cercano. De la eficacia de estos procesos depende la integración a una

⁵ Seguimos aquí la opinión de Ariès en su revisión de la infancia desde la antigua sociedad tradicional hasta el siglo XX (1987: 9 y ss.).

cultura, la identidad a un grupo, una manera de ser y comprender el mundo relativamente homogénea y grupal; pero también de la participación de los niños en este aprendizaje, y de su constante y creciente intervención, dependen el cambio y la diversidad; no siempre se aprende igual, en la misma escala, con la misma intensidad; los niños en cada caso también parecen intervenir y decidir qué sí y qué no les interesa recibir del patrimonio de sus padres. Por ello, muchas acciones de la política internacional se dirigen a los niños, porque se ha reconocido su papel performativo y transformador en el desarrollo de su sociedad (González *et al.*, 2014); por ello también, cada vez más los intereses del consumo se dirigen hacia los niños como su mercado más potencial, porque queda de alguna manera reconocida su capacidad agentiva (McNeal, 2000).

En la vida de los niños intervienen con frecuencia dos instituciones encargadas de su socialización: la familia y la escuela, en ellas se explican regularmente las condiciones de inserción de los niños a la sociedad mayor, la cual es dibujada y propuesta por el Estado. Es claro que en la escuela existen agentes de socialización individuales y, por supuesto, otras condiciones y circunstancias a lo largo de la vida cotidiana de los niños; sin embargo, la escuela tiende a aparentar uniformidad en los infantes y a proyectar imágenes de condiciones de vida óptimas, ambientes normalizados y protegidos, varios estudios así lo plantean, sobre todo los que hablan de las etapas psicológicas de los niños y que divulgan una aparente uniformidad de esta población. Sin embargo, en otros ámbitos de la vida social, los niños deben afrontar otras problemáticas.

La familia entonces puede cumplir un importante papel de mediatización al filtrar los contenidos que serán inculcados al infante, y de esta manera, orienta y modela, aunque no de manera determinante ni exclusiva, los conocimientos o las actitudes que el niño adquiere. Las dinámicas familiares tienen sus propias aristas, aún quedan aspectos por estudiar, por

ejemplo, la manera en que los niños toman o no los modelos que, con el ejemplo, les presentan sus padres, sobre todo la madre en los modelos relacionados con la sexualidad, la religión y la construcción de las expectativas sobre el matrimonio y la familia misma (Dirk Saal, 1986).

Así, la familia puede tener un papel preponderante en tanto que constituye el primer acercamiento del infante con la sociedad; sin embargo, ¿cuánto interactúan los niños? ¿qué capacidad de decisión tienen al respecto? La idea de socialización ha cambiado, actualmente representa un proceso fundado en la interacción del individuo con la sociedad, de tal forma que genera lo que se ha definido como *agencia*, es decir, el niño muestra cierta capacidad de iniciativa o de respuesta ante los estímulos externos, y es apto inclusive por medio de esta interacción para responder y modificar los elementos que recibe y de ejercer cierto control sobre las situaciones cotidianas que se le presentan. Ahora bien, ¿cuánto de esta agencia es a su vez manipulable por los procesos de consumo, de intervención ideológica o pragmática? O también ¿en toda situación y acción los niños y las niñas de las diferentes sociedades con las que nos relacionamos poseen agencia?

La socialización primaria definida por la pedagogía social (Petrus, 1988; Yubero Jiménez *et al.*, 2013: 27-29; Ortega Esteban, 2005) es la que provee al niño de ciertas capacidades, que no todas, para adaptarse y lidiar con su entorno inmediato, es por eso que se cuida que ese conjunto de informaciones y conocimientos sean funcionales, puesto que tienen un carácter específico y acorde con las condiciones socioculturales de la familia o grupo donde el infante se desarrolla. La socialización primaria implica una serie de acontecimientos cuyo centro es el infante, durante esta etapa, el niño es objeto de un sinnúmero de acciones encaminadas a presentarle el mundo adulto y a procurar su inserción dentro del mismo. La formación del niño depende pues, según este punto de vista, de su

contexto familiar, los padres o familiares cercanos influyen con el ejemplo en el comportamiento del infante, y éste a su vez, copia y acepta en mayor o menor grado, el modelo de vida que se le presenta. Sin embargo, aun desde etapas tempranas, el infante es capaz de interactuar con los adultos ya sea en el plano de los valores familiares o en el sistema de valores del entorno sociocultural que es aparentemente apenas visible para él en ese momento.

Los procesos de socialización del infante son complejos, variados y al día de hoy inasibles del todo; sin caer en el lugar común de asociar infancia y juego, resulta provechoso reflexionar acerca de los espacios, reglas y maneras como el juego participa en la infancia, y en este contexto, la imitación de papeles adultos puede ser preponderante para la aceptación del mundo, para su propia configuración social o para su rechazo. El hecho de asumir estas personalidades puede ponerlo en camino de encontrar “la conciencia de sí mismo”. George H. Mead (1990: 199-200) lo explica diciendo que

en el periodo de los juegos, el niño utiliza sus propias reacciones a esos estímulos que emplea para construir una persona. La reacción que tiene tendencia a hacer ante estos estímulos, organiza éstos. Por ejemplo, juega a que se está ofreciendo algo, y lo compra; se entrega una carta y la recibe; se habla a sí mismo como si hablase a un padre, a un maestro; se arresta como si fuese un policía. Tiene una serie de estímulos que provocan en él la clase de reacciones que provocan en otros. Toma ese grupo de reacciones y las organiza en cierto modo. Tal es la forma más sencilla de ser otro para la propia persona (1990: 181).

Observamos, por el contrario, que no le interesa al niño (ni al adulto) una copia fidedigna del mundo imitado sino más bien, se contenta con una metonimia (una parte del

todo). Por ello, para jugar a la computadora basta una caja de cartón. Esta etapa es palpable cuando empieza a formar parte de juegos organizados o a participar en equipos donde según G. H. Mead: “cada uno de sus propios actos es determinado por su expectativa de las acciones de los otros que están jugando. Lo que hace que sea fiscalizado por el hecho de que él es todos los demás integrantes del equipo, por lo menos en la medida en que esas actitudes afectan su reacción particular. Tenemos entonces un ‘otro’ que es una organización de las actitudes de los que están involucrados en el mismo proceso” (*Ibidem*: 184). De esa manera, el “otro generalizado”, es decir, el resto de los miembros interaccionan con el individuo de forma tal que “los procesos sociales influyen en la conducta de los individuos involucrados en ellos y que los llevan a cabo, es decir, que es en esa forma que la comunidad ejerce su control sobre el comportamiento de sus miembros individuales; porque de esa manera el proceso o comunidad social entra, como factor determinante, en el pensamiento del individuo” (*Ibidem*: 185; Arleo y Delalande, 2011).

Las distintas situaciones de la vida cotidiana proveen al infante de las condiciones para que adquiera esa mezcla de registro, habilidad y emoción que *grosso modo* llamamos experiencia, conjunto de herramientas y habilidades para su desempeño social. La etnografía puede convertirse en la herramienta fundamental para estudiar esas situaciones, y cuya evidencia significativa es la mejor manera de comprender el campo de fuerzas agentivas o pasivas, lúdicas o formales, que operan en el desarrollo de la infancia.

Así, nos encontramos frente a un sujeto social no sólo en potencia, sino que desde las primeras etapas de su vida actúa con los demás, ya sean adultos o de su misma edad. Desde esta perspectiva, se deja de concebir a los infantes en calidad de recipientes vacíos que deben llenarse con las costumbres, normas, hábitos, valores y actitudes que conforman su contexto sociocultural. Los infantes no sólo son receptivos a los contenidos socioculturales que la

misma sociedad, a través de varias instituciones, o sus familiares cercanos le inculca o provee, sino que son ellos mismos, interaccionan con su entorno de una manera activa que les permite obtener nuevas capacidades mentales y comportamientos cada vez más sofisticados (Baldwin *et al.*, 1986: 89).

La convivencia continua con otros niños y con las personas adultas que lo rodean motivan al infante a lograr la adquisición de herramientas, conocimientos y habilidades instrumentales y sociales (Díaz Lucea, 1999: 72) para su desarrollo propio, pero también a innovarlas y transformarlas, e incidir en la vida de los adultos (Corsaro, 1992).

En este sentido, hablar de socialización de una forma más dinámica implica no sólo referirse al marco estructural en el que los niños pueden ser modelados, por ejemplo en sus sentimientos (Razy, 2012), sino que es necesario aún identificar cuál es la incidencia que éste tiene en la vida de los adultos, del entorno familiar, local, entre otros.

Debido a los temas comunes en la presente obra, la divergencia de la metodología y los aportes, es imposible no repetirnos a lo largo de esta reflexión. Las preguntas que se revelan como indispensables son: ¿reflexionamos sobre la infancia, los niños y las niñas exclusivamente desde el punto de vista de los discursos y/o de las prácticas de los adultos? ¿Es indispensable crear una nueva metodología disciplinaria para aproximarnos a los diversos temas abordados sobre la infancia con los niños y las niñas? ¿A qué responden algunos temas recurrentes sobre los niños y las niñas en las investigaciones? ¿Cómo se construyen las categorías locales de los niños y las niñas? ¿Cuáles son las especificidades y los aportes en esta construcción de la antropología de la infancia? ¿Cuál es el diálogo de las investigaciones sobre la infancia con las políticas de los espacios públicos que coexisten con las políticas públicas?

Estas preguntas remiten directamente a los temas abordados en los textos que componen esta obra y fueron planteadas durante el Seminario-Taller Antropología de la Infancia, multisede celebrado los días 13-14, 18 y 20 de febrero de 2014. León García, al aludir a la generación que decidió no enseñar la lengua pame (*xi'iuy*) a sus hijos, de Ciudad del Maíz, San Luis Potosí, cuestionó: ¿Cuál es la participación de los padres en la identidad de los niños?, ¿Qué capacidad tienen los niños para negociar su identidad?, ¿Qué capacidad tienen los niños para decidir lo que quieren? No hay una sola respuesta. Cada niño o niña pame, de esa generación responde de manera diferente frente a este hecho, aun cuando se pretenda observar un impacto generalizado y homogéneo, labor que solo la etnografía antropológica puede dilucidar.

El apartado denominado *Perspectivas rituales y juegos* enfatiza la especificidad del campo antropológico sobre la infancia y los niños en contraste con otras disciplinas pues la etnografía de larga duración revela y reúne temas comunes (ritual, espectáculo y juego), en diferentes contextos geográficos que alientan la reflexión de una antropología más general. De la misma forma, el apartado sobre *Transformaciones migratorias, vulnerabilidad y participación* aborda la circulación de niños migrantes vulnerables y/o de sus padres, en los ámbitos nacional e internacional, las respuestas de unos y otros; complejiza las formas de comunicación y transmisión, en el uso de la tecnología digital que juega un papel preponderante. También hace referencia a los cambios en el estilo de crianza que viven niños y niñas mayas por habitar cercanamente a ciudades, a la participación de los niños y las niñas en la producción de videocartas, y pone de relieve la importancia de producir resultados conjuntos entre investigador-realizador/niñas y niños, en un doble sentido. El apartado final

sobre *Espacios públicos*⁶ *consumo y educación*, enfatiza las formas de alimentación de niños y niñas como una parte del consumo escolar, la mediación de adultos en la correspondencia con autoridades escolares, las prácticas de crianza y de educación informal, así como los problemas de niños migrantes de retorno en las políticas públicas. El diálogo entre investigación y espacios públicos en las políticas públicas de la educación es un tema importante de reflexión en este último apartado.

Perspectivas, rituales y juegos

Reagrupar en esta primera parte de la obra las perspectivas antropológicas, los rituales y los juegos en la infancia, lleva por un lado a plantear la especificidad de la antropología de la infancia, y por el otro, a preguntarse sobre los rituales, el espectáculo y los juegos como un mismo campo de análisis.

Élodie Razy analiza las aportaciones de los estudios de infancia para considerar a los niños, quienes fueron los olvidados por la antropología durante largo tiempo. Antepone la importancia de concebir a los niños como “actores” y no solamente como seres por convertirse en adultos, al enfatizar que el ciclo de vida no se vive de la misma forma por todos los niños o niñas en una misma cultura. Al mismo tiempo interpela el retomar las nociones de “agencia” y “voz del niño” debido a que se asumen por lo general sin reflexionar sobre sus limitaciones en las diversas situaciones sociales en las que se aplican, además de comportar teorías pensadas para jóvenes y adultos, lo que antepone el papel de la etnografía

⁶ Espacios públicos, refiere a lo que hemos conocido como antropología aplicada o del desarrollo pero para evitar mantener una idea de primacía de los países del norte respecto a los del sur, de acuerdo con Leonardo Piasere, optamos por dicho término.

antropológica en estas perspectivas. Especifica también que no se pueden tomar las categorías generales de niño, niña, jóvenes, sin revelar las formas sociales de su construcción en los entornos de cada investigación.

El ritual, el juego y el espectáculo han sido abordados partir de las acciones y sus diferentes configuraciones relacionales, que existen también de forma compleja:

- a) En la psicoterapéutica (Houseman, 2001, 2003, 2012); la noción de situación en el cambio de la percepción de los performers y en el cambio de la realidad de los situacionistas (Ferrier, 2012).
- b) En la liminaridad como fuente transformadora (Geist, 2005), donde la concepción temporal de los juegos liminares (rituales y teatro) en los rituales indígenas coras y huicholes y en una obra de teatro, muestran cómo se dan procesos divergentes en la deconstrucción liminal y la construcción posliminal que suceden en esos rituales pero no en la obra de teatro.
- c) En el movimiento y la analogía de la duda del creyente con la indeterminación del jugador (Hamayon, 2012) en Mongolia y Siberia, donde la “suerte o fortuna” son un bien material de la ilusión o de la voluntad de creer en el otro.

En esta última propuesta, encontramos que Lorcy (2012), por su parte, introduce cómo el “hacer la alegría” está presente en la participación de los niños y niñas en los juegos, los ritos funerarios de niños y adultos y en la fiesta patronal al tener una misma concepción de las emociones de la infancia en estos eventos.

Las contribuciones anteriores se sitúan en un cruce de perspectivas sobre el ritual, el juego y el espectáculo. Cada una responde al ritual (Suremain), al espectáculo, ritual y al juego (Neyra Alvarado), y al juego y la religiosidad (Edgar Linares y Norma Casas). El

primero enfatiza el proceso ritual por el cual los niños inician en el control social; el segundo, la transformación a partir de la ilusión y los gestos rituales; el tercero a la indeterminación de los niños en diferentes contextos liminares en donde los juegos de azar o la peregrinación dan cuenta de dicha transformación, y el tercero, en la experiencia donde no existe enseñanza en el desierto, sino la práctica y donde los niños mediante los augurios dan su aportación a la religiosidad.

Charles Edouard de Suremain, por su parte, documenta el primer corte de cabello que se hace al niño en Bolivia entre los dos o cuatro años de edad, cuando el niño posee el caminar, el habla, la autonomía. El primer corte de cabello es un marcador social de entrada a la infancia que se articula simbólicamente con el corte del cordón umbilical, evento con el que inicia el control social de su entorno, del pueblo y de la sociedad.

Neyra Alvarado describe las formas de transmisión cultural en el entorno de los niños ludar, a partir de los números que presentan en el espectáculo destinado a los mexicanos del norte de México. A partir de un espectáculo eficaz que revela el conocimiento del gusto y las expectativas del público, las formas de transmisión reflejan la complejidad de las relaciones que mantienen los niños entre ellos y con los niños no ludar; también la que mantienen con los adultos (ludar y no ludar), así como de los adultos con los niños (ludar y no ludar). Estas formas integran también otros medios como el Internet, la televisión y la radio. Lo anterior, como una forma de comprender los gestos del espectáculo con los gestos rituales en los procesos de inmersión, transformación y creatividad de los niños ludar en la sociedad mexicana.

Edgar Linares, por su parte, analiza el sostén, el acompañamiento y la provocación de niños indígenas migrantes y originarios a partir del juego y el tiempo libre en diversos

sucesos de la Ciudad de México que movilizan el parentesco, la resignificación de la lengua materna y el pasar-peregrinar por la ciudad. Lo anterior lo ejemplifica a partir de un juego de tazos que niños hñãñhu efectúan en el transporte del metro, una “cascarita”⁷ en un charco de agua que efectúan niños nahuas de San Francisco Tlaltenco, Tlahuac, Distrito Federal y el tiempo libre religioso de la infancia peregrina de Milpa Alta, Distrito Federal al santuario de Chalma en el Estado de México.

Norma Casas, a partir del juego que efectúan niños y niñas en el altiplano potosino, muestra las formas de aprendizaje y percepción que poseen de su entorno, es decir del desierto. Hace referencia a las actividades que efectúan por sexo tanto en la escuela como las relacionadas al ámbito familiar como el trabajo de milpa, el cuidado de ganado, la identificación de animales y plantas del desierto, los augurios que se les asocian y los juegos.

Observamos que cada participación posee respuestas diferentes y dependen del entorno para proporcionarlas.

Transformaciones migratorias, vulnerabilidad y participación

A partir de 1990, los niños aparecen en filigrana en los trabajos antropológicos sobre las migraciones transnacionales de México (esencialmente México-Estados Unidos). Así los trabajos de Rouse sobre los migrantes rurales de Michoacán a California (1989) vislumbran la persistencia de “estilos de vida” particulares en los que los niños pueden estar preparados en el seno de una comunidad “dispersa entre varios sitios”, como el autor describe en uno de sus estudios pioneros en la materia (Rouse, 1991). Se piensa igualmente en los trabajos de

⁷ Juego de fútbol improvisado y por diversión.

Robert C. Smith (2006) quien disecciona las “vidas transnacionales” de los nuevos migrantes de “quince años de etnografía”⁸ entre Puebla y Nueva York. Adriana Cruz Manjarrez (2013), por su parte, examina los impactos sociales, culturales y económicos de la migración transnacional en una comunidad de zapotecos, donde los vínculos familiares refuerzan los matrimonios y las transformaciones. Sin embargo, será necesario esperar los trabajos de D. Boehm, para que el foco antropológico se desplace hacia los niños (2011).

Para el continente africano parecería que las migraciones inter o transnacionales de los niños suscitan más interés que las migraciones internas, donde la aprehensión familiar del fenómeno invisibiliza a los niños como ocurrió con las mujeres anteriormente (Razy y Baby-Collin, 2011). Convertidos en un problema de sociedad ya sean de tránsito o estacional, conforman desafíos tanto científicos como políticos y en los cuales la antropología quizá tenga los medios para comprenderlos.

La noción dominante del niño-víctima ha sido rebasada en las publicaciones recientes (Coe, Reynolds, Boehm, Hess y Rae-Espinoza, eds., 2011; Evers, Notermans y Van Ommering, eds., 2011; Veale y Donà, 2014) en las cuales tratan de forma matizada la tensión entre estructura y agencia, y muestran la importancia de la perspectiva histórica en el análisis de las migraciones de los niños (Razy y Rodet, 2016). En los capítulos de este apartado, dedicado a las migraciones, los autores, cada uno a su manera, muestran cómo los niños participan activamente en los procesos migratorios, así como el uso de la tecnología y la participación.

Rodolfo San Juan contribuye con el texto “Vulnerabilidad social en la infancia jornalera migrante”, en el que aborda las experiencias de vida de niños migrantes empleados

⁸ Este término es también utilizado por P. Levitt (2001).

en los campos agrícolas como jornaleros, y toca las problemáticas apremiantes que afectan a los niños migrantes como el consumo de drogas, el abuso y la explotación sexuales.

Elizabeth Juárez Cerdi presenta un primer acercamiento a las percepciones, emociones y sentires que los niños expresan sobre la ausencia de su padre o madre que migran contratados por varios meses para trabajar como jornaleros agrícolas en Estados Unidos o Canadá. Las percepciones, y sentires infantiles están considerados por la interacción armónica o conflictiva que mantienen con los adultos a su cuidado (abuelos, tíos, hermanos mayores), por la expectativa de los bienes materiales que pudieran recibir al regreso de sus padres; y por otra parte, por los sentimientos que les provoca dicha ausencia.

Paola Garibi analiza los modelos de infancia migrante de niños y niñas jornaleros nahuas de Guerrero empleados en la zafra del estado de Colima, donde los papeles masculino y femenino priman el comportamiento de los roles en un campo agrícola.

Leticia Díaz se enfoca en un grupo de niños migrantes de entre 8 y 14 años para entender cómo se configura el proceso de socialización de la migración y se conforman las expectativas de migrar a Estados Unidos como principal proyecto de vida; así muestra cómo ciertos aspectos tecnológicos acortan las distancias y el tiempo de comunicación entre migrantes y sus familiares en sus comunidades de origen. Se comparan dos momentos históricos de la migración y sus recursos de comunicación, y se muestran los cambios y el contenido de cada uno a los que nombra “etapa analógica y digital”.

María de Guadalupe Reyes Domínguez presenta un estudio de la vida de los niños mayas de Yucatán, tema que ha ocupado un lugar marginal en la investigación. Los mayas yucatecos han visto a los niños como seres que, a partir de la observación, de sus capacidades intrínsecas y del encauzamiento de sus actitudes y comportamientos por parte de los adultos, desarrollan responsabilidad hacia el trabajo y hacia los miembros más pequeños de su núcleo

familiar, respeto y obediencia a sus mayores y cooperación con los integrantes de su familia. Desde el punto de vista de los mayas, los niños no deben ser segregados del mundo adulto, entre ellos también resulta inoperante concebir al niño como miembro de una tribu infantil con características particulares y totalmente distintas a las de los mayores. Más cercana a la óptica maya es la imagen del niño como agente activo, limitado por las condiciones que resultan de la interacción entre sus características interiores y su entorno.

Guillermo Monteforte, como realizador, propone el uso de videocartas para que niñas y niños indígenas de Oaxaca expongan ante la cámara cómo viven, cómo juegan, cómo es su comunidad, sus gustos, etc., con el fin de que otros niños y niñas respondan con otra videocarta. La participación de unos y otros en este proyecto enfatiza la importancia de la participación de los niños con los miembros del equipo de grabación; así como el contenido de estas videocartas que los niños muestran a otros niños.

Espacios públicos: consumo y educación

La tercera parte de este volumen se enfoca en la población infantil frente a las políticas y/o los espacios públicos. La reflexión sobre estos temas es de interés mayor, debido a las tensiones entre el derecho internacional, el derecho de los niños, la idea de una escuela para todos, entre otros, pero ¿en qué condiciones esto es posible? Entre las investigaciones generales y específicas, podemos mencionar el “interés superior del niño” (Fonseca *et al.*, 2012) el cual permite calibrar la legislación en materia de adopción en los contextos locales y en las respuestas nacionales e internacionales; también los trabajos de De Suremain y Bonnet (2014), respecto a los desfases entre políticas aplicadas, realidades locales y respuesta de los niños.

Las contribuciones de este apartado se centran en varios procesos que competen a la educación, la alimentación en escuelas, la comunicación de los niños, las prácticas de crianza y la educación migrante de retorno.

Mayra Elizabeth Guerrero y Leonardo Ernesto Márquez Mireles abordan desde la antropología de la alimentación el ritual del consumo de alimentos en las escuelas de educación básica en San Luis Potosí con el fin de valorar la obesidad que norma el expendio de alimentos y bebidas en planteles escolares y los contrapuntos generados debido a los distintos significados culturales que los consumidores otorgan a sus procesos alimenticios y otros elementos simbólicos y culturales que construyen su propio performance alimenticio.

Norma Ramos Escobar expone otras evidencias en las cuales los niños participan de su situación escolar. En este trabajo se pone de manifiesto el hecho de que los infantes no sólo son sujetos pasivos expuestos a las fuerzas sociales, sino que la participación activa de los niños influye a la sociedad de la que forman parte. Seguida de una revisión sobre el estudio de la infancia en épocas anteriores y actuales, la autora analiza la correspondencia epistolar que los niños escolares de principios del siglo XX enviaban a las autoridades solicitando apoyos para lograr su educación, para subsanar alguna problemática de tipo social o familiar o hacer valer los derechos que les permitiesen convertirse en ciudadanos. La autora reconoce el papel protagónico de los infantes en la búsqueda de mejores condiciones de vida y de educación mediante su diálogo epistolar con los funcionarios de gobierno.

En el ámbito de la educación informal, el trabajo de Salvador Pérez Ramírez subraya la relación que guardan las prácticas de crianza que se aplican a los infantes con el cuidado de la salud primaria. El cuidado de la salud de niños michoacanos se resume en sentencias que forman parte de un protosistema de salud en el ámbito de la medicina tradicional que incluye advertencias sobre enfermedades preternaturales. Pedro Márquez Joaquín en su

contribución aborda la educación informal en niños pequeños, la cual está contenida en pautas y prácticas de crianza aplicables a este sector de la población y que a su vez conforman un conjunto de saberes tradicionales que se transmiten de una generación a otra.

En el contexto migratorio, los infantes sufren las consecuencias más graves de los múltiples problemas sociales como lo demuestran varios textos que existen sobre el tema, entre ellos, en el aspecto educativo, José Santos Zavala, Luz Carregha Lamadrid y Mario E. Ibarra Cortés presentan un problema invisible de políticas públicas en San Luis Potosí. Los autores ponen de manifiesto la problemática que se desarrolla en las escuelas potosinas cuando los alumnos migrantes de retorno vuelven a sus clases. Uno de los problemas, además de otros aparejados con la migración, resulta en la aplicación de las distintas formas pedagógicas a las que se enfrentan alumnos y profesores para conseguir un rendimiento escolar aceptable. Sus reflexiones no dejan de lado la complejidad del impacto local, escolar y familiar y la necesidad de establecer políticas públicas que atiendan los distintos planos que involucran a los infantes migrantes de retorno, desde la personalización de los procesos de enseñanza hasta la problemática pedagógica-social.

Los trabajos que se presentan a continuación abren una ventana a realidades distintas de la infancia, su vínculo local y global, que nos invitan a concebir la infancia, no como una manera de aniquilar al individuo sumamente socializado —que sería el extremo opuesto—, sino inmersa en un proceso donde los niños y su entorno, con su iniciativa y creatividad, sus dinámicas propias y sus transformaciones junto con los adultos nos enseñan más de la vida de las poblaciones con las que estudiamos.

Las contribuciones en esta obra dan a conocer los diversos procesos de conocimiento de las distintas infancias y de los niños en México, en perspectiva, como una forma de mostrar

los diferentes procesos de investigación en las diversas temáticas sobre la infancia y los niños,
en las sociedades.

PRE PRINT

PRE PRINT